

El engaño de la ayuda humanitaria

Por Rómulo López

William Easterly, economista de la Universidad de Nueva York, en los últimos 25 años ha dedicado su carrera a criticar la ayuda extranjera. De acuerdo con sus libros y sus estudios, esta tiene poca o ninguna efectividad, y los expertos malgastan constantemente el dinero que reciben e incluso terminan siendo fuente de financiamiento que perpetúa a las más grandes tiranías que gobiernan los países subdesarrollados.

Easterly publicó libros que se consideran críticas razonadas y devastadoras a la ayuda internacional, como «En busca del crecimiento: Andanzas y tribulaciones de los economistas del desarrollo», donde —basado en sus experiencias en el Banco Mundial— nos revela cómo las iniciativas que buscaban erradicar la pobreza han fracasado en sus objetivos por no aplicar principios de economía adecuados. Otro de sus libros, «La carga del hombre blanco: El fracaso de la ayuda al desarrollo», es una crítica feroz de los arrogantes esfuerzos y de las ineficaces políticas económicas de Occidente por mejorar el destino de los países en desarrollo.

A pesar de estas críticas agudas, cuando se le preguntó recientemente —en una entrevista para la revista *New Yorker*— qué opinaba de los esfuerzos de la administración Trump y de Elon Musk, a través de DOGE (la Oficina de Eficiencia Gubernamental), por desmontar la Agencia Americana para el Desarrollo Internacional (US AID), sorprendentemente se mostraba horrorizado por la manera en que se lo estaba haciendo. Le parecía la manera más horrible de hacerlo, sin ninguna preparación y cortando de raíz programas que, en su opinión, requerían una transición gradual.

Más allá de su crítica razonable respecto a cómo hacerlo, lo cierto es que el mismo Easterly se ha pasado casi un cuarto de siglo sugiriendo cambios necesarios, sin mayor eco en quienes lideran estos programas de ayuda internacional —o de «cooperación técnica», como se les llama eufemísticamente en muchos países—, sin ser escuchado por la gente que debería poder hacer estos cambios en el Gobierno.

Más allá de que se pueda discrepar de las formas en que DOGE ha hecho estos cambios, es importante hacerlos. Por primera vez se reconoce, por parte de un Gobierno, que el gasto en este tipo de ayuda no ha funcionado ni va a funcionar. El cambio, de cualquier manera, iba a ser doloroso, y —tal como lo hemos visto por la reacción airada y furiosa de quienes viven de esta industria del asistencialismo o quienes autorizan estos programas— lo demuestra.

La realidad es que, cuando se trata de hacer cambios en el Gobierno, los intereses creados, los beneficiarios de la ayuda, los intermediarios y todo el *status quo* que opera en esta industria —y que hacen millones o viven de ella— van a ver maneras de tratar de mantener vivos estos programas de una u otra manera, a pesar de que la evidencia revele su ineficacia.

De hecho, en estos momentos que escribo este comentario, hay esfuerzos por parte de algunos congresistas republicanos por restaurar —por lo menos— una parte de los programas de la US AID. Están preocupados por el programa de asistencia alimentaria —del orden de 1.8 billones de dólares (de los 50 billones que manejaba US AID)— que usaba fondos de Gobierno para comprar alimentos como soya y cereales a granjeros americanos y mantener elevados los precios de esos productos, para luego regalarlos a gente que sufre crisis alimentarias en países del tercer mundo.

Aunque puede parecer necesario, y podría parecer una situación ganar-ganar —donde los productores ganan dinero y gente que sufre de hambre recibe alimentos—, la situación esconde el hecho de que Estados Unidos, con este tipo de programas humanitarios, condena a la miseria a quienes la reciben. Los países que reciben dicha ayuda, en muchos casos, ven cómo sus industrias locales son destruidas cuando la ayuda humanitaria inunda el mercado a precios irrisorios —o gratis— y desincentiva a los productores del país receptor a producir localmente lo que falta.

Esta asistencia humanitaria tiene un costo que puede parecer mínimo, pero que al final del día termina sumando, acumulándose y costándole bastante —en impuestos— a los ciudadanos americanos, e incluso a quienes viven fuera de Estados Unidos vía inflación, al tener que imprimir cada vez más dinero para mantener el ritmo de gastos.

La ayuda internacional no solo destruye los mercados locales en muchos casos, sino que también crea una cultura de dependencia. Lejos de buscar el sustento propio, convierte a quienes la reciben en masas humanas que se rehúsan a trabajar o a buscar alternativas para autosustentarse o tener algo de agencia.

Ante la pobreza infinita en la que se encuentran los receptores de la ayuda, migrar es el siguiente paso lógico —como sea, a pie, en botes— para huir de esos paraísos asistencialistas que los tienen condenados a la dependencia infinita. Ni hablar de lugares donde se cae en el terrorismo, cuando líderes o intelectuales mesiánicos, irresponsables, llenos de odio y de teorías inhumanas e irracionales, se dedican a perpetuar el ciclo al buscar el camino de las armas y el terror para solucionarlo.

Esto por hablar puramente del aspecto económico de la ayuda internacional. Ni qué decir de lo que vimos la semana pasada con los ejemplos de ayuda internacional en cosas absolutamente arbitrarias y alucinantes, con agendas ideológicas extrañas y ajenas a las culturas locales: dinero gastado en programas de «cambio social» promovidos por muchas de estas agencias de cooperación, inspirados por la famosa Agenda 2030 de las Naciones Unidas para combatir el cambio climático, la equidad de género o «reeducando» a los que reciben dicha ayuda en el odio, el fanatismo y teorías irracionales como el odio racial o religioso.

Ya lo dije en mi comentario anterior: el problema de la histeria colectiva de la sobrepoblación, y las políticas públicas que se impulsaron para reducirla, tienen un único resultado tangible: el mundo está enfrentando ahora un colapso demográfico. A la vuelta de no muchos años, esto dará lugar a un golpe devastador en las tasas de crecimiento

económico ante la reducción poblacional. El futuro de nuestra especie —como ya lo estamos viendo en algunos países, sin importar si son subdesarrollados o no— ya está sufriendo dicho colapso. Salir del ciclo de generaciones de seres humanos indoctrinados en la idea de que tener familia o hijos es malo para la sociedad va a costar mucho trabajo y un cambio cultural.

Si realmente estamos preocupados por el bienestar de los más necesitados —en países lejanos o incluso dentro de nuestras comunidades— lo mejor que se puede hacer es tratar de ayudar privadamente y no con ayuda de estos fondos pagados por el Gobierno.

Entre otras cosas —aunque las mismas fallas que puedan generarse en el sector público podrían darse con la ayuda privada— el hecho cierto es que el sector privado no cuenta con recursos ilimitados, y por lo tanto hay una mayor urgencia y un mejor cuidado para gastar esa ayuda de manera eficiente y de una forma que no destruya las comunidades que la reciben.

La asistencia privada siempre está sujeta al contrapeso de los donantes, que —por más ricos que sean— no cuentan con recursos ilimitados. A veces ni siquiera se requiere tener grandes recursos para hacerlo. Todos conocen los esfuerzos de la Madre Teresa de Calcuta, monja albanesa radicada en India, que fundó las Misioneras de la Caridad y que, con base a sus esfuerzos personales, dedicó su vida a crear organizaciones exitosas para ayudar a los pobres —más pobres entre los pobres—, ayudando a leprosos, enfermos de sida, huérfanos y, en general, a quienes eran los más necesitados.

La Iglesia católica y las iglesias evangélicas también tienen un rol importante que han jugado en ayudar a comunidades empobrecidas y, en muchos casos, son instituciones que proveen ayuda hospitalaria, escuelas, cementerios, ayuda financiera y tantas otras más allá del terreno espiritual.

La mejor ayuda que se le puede dar a un país subdesarrollado es cortar la ayuda internacional auspiciada por los Gobiernos o entidades multilaterales, que en realidad lo único que hace es prolongar la existencia de actividades corruptas o agendas globalistas equivocadas de desarrollo que sus habitantes no soportan e incluso rechazan. Los Gobiernos que la reciben actúan como beneficiarios, árbitros y jueces de quién recibe esa ayuda humanitaria, y la usan con fines electoreros, de control social o simplemente para enriquecerse.

En la posguerra, después de la Segunda Guerra Mundial, mucha gente atribuye al famoso Plan Marshall la recuperación de Alemania y Japón. Lo que muchos ignoran —o nos quieren engañar— es que dicho plan de reconstrucción, si bien existió, no tuvo el impacto que se le atribuye.

En el caso de Alemania, mucho más impacto tuvo las primeras decisiones del Gobierno de Ludwig Erhard, que renunció a mantener el control de precios impuesto por las potencias aliadas que gobernaban las diferentes zonas en que se había dividido Alemania —y que tenían a los alemanes sumidos en la miseria al final de la guerra—. Fue esto, y la

liberalización de sus mercados, lo que tuvo un impacto muchísimo mayor que cualquier ayuda norteamericana.

En el caso de Japón —y de muchos de los «milagros asiáticos» de la posguerra— el éxito vino por sus políticas públicas orientadas a abrir sus mercados y comerciar con el resto del mundo. En realidad, ningún país se ha desarrollado por medio de tarifas arancelarias y políticas de desarrollo industrial. Esto lo podemos ver en Hispanoamérica, donde —a instancias de la CEPAL, la Comisión Económica para América Latina de la ONU— se usaron dichas políticas, y el resultado está a la vista de todos quienes nacimos o habitamos la región: nos empobrecieron aún más desde la Segunda Guerra.

Es una realidad que, lamentablemente, la Unión Europea —e incluso la administración Trump— están ignorando. Reducir el gasto, cortar la burocracia ineficiente, simplificar los procesos, mejorar el Estado de Derecho, controlar la inmigración descontrolada, son pasos acertados. No obstante, el proteccionismo, la actitud antiinmigrante y la política industrial son errores que, tarde o temprano, podrían tirar abajo cualquier mejora que se logre en otros frentes.

Si queremos ayudar a los más pobres, tenemos que dejar de ayudarlos con fondos públicos y con dinero gastado indiscriminadamente en asistencialismo. Más bien tenemos que profundizar en las bases del florecimiento humano: hablar de desregulación de las licencias o permisos necesarios para trabajar; buscar las bases del bienestar psicológico que nos permitan un mejor florecimiento humano; enseñar a tener más sentido en nuestras vidas y depender menos de la ayuda estatal; buscar el rol de la estructura familiar en el florecimiento humano o, en el caso de Hispanoamérica, encontrar nuestras propias raíces en el pensamiento occidental que hemos ignorado u olvidado.